

DOS HOMBRES DESTROZADOS POR UNA HÉLICE

EN EL MUELLE DE ALBAREDA

Hacia ya algún tiempo, afortunadamente que la crónica negra no registraba catástrofes de tanta magnitud como la que tuvo lugar ayer, próximamente a las seis de la tarde, en nuestra bahía, junto a la machina de Albareda, en cuyo trágico suceso perdieron la vida dos infelices marineros, honradísimos a carta cabal y muy queridos y apreciados de todos sus compañeros, y de cuantas personas tuvieron la ocasión de tratarles.

El triste sucedido puso en nuestro ánimo, porque aún llegamos en ocasión de presentar la parte más dolorosa de él, una depresión grandísima, aumentada considerablemente por la circunstancia de ser las víctimas dos personas afectas a nuestras mejores y más preciadas amistades.

Pero vamos a relatar ahora lo ocurrido y teniendo en ello especial cuidado de que nuestra información se ajuste al verismo mayor, por todo aquello que del mismo pudiera derivarse.

LA ENTRADA DEL «ARTAGAN-MENDI».

A la hora que más arriba dejamos consignada, enfiló el puerto el hermoso buque de la Compañía Sota y Aznar «Artagan-Mendi», de 8.50 toneladas de registro, a cuyo bordo pasó el práctico don Nicolás Azcuénaga, encargado de darle atraque al muelle ya citado.

Pero encontrándose no muy libre éste por dificultar la operación de atraque los cabos y estachas de otros barcos que ocupan las machinas adyacentes, se ordenó el fondeo provisional del «Artagan-Mendi» unos 200 metros aproximadamente del muelle en cuestión.

Poco después se inició la operación de amarre del buque llegado, dándosele algunos cabos hacia tierra por la proa, y disponiéndose los marineros de los prácticos a la misma faena por la parte de popa.

COMO OCURRIO LA CATASTROFE

Sin que nada podamos afirmar concretamente, ya que de lo sucedido recogimos distintas versiones a nuestra llegada, parece ser que el motivo que dió origen a la tragedia fué el siguiente:

El «Artagan-Mendi» enfiló su proa a tierra para tomar la machina por la parte del embarcadero. Es decir, hacia Puertochico. En esta forma cerró de amarra la parte correspondiente, quedando abierta la de popa.

Entonces, y de esto ya decimos que no respondemos con exactitud, uno de los barcos de don Francisco García, el «Rita García», al parecer, se interpuso delante del buque de Sota, cuyo práctico, y con el laudable propósito de que no se embistieran, ordeno marcha atrás.

En aquel momento hubo de producirse la catástrofe.

El bote de los prácticos, ocupado por el patrón Emilio Rugama y los marineros Domingo Fuentecilla, Manuel Bolado y José Fernández Solana, se hallaba en aquel instante recogiendo un cabo metálico que en dirección a tierra le largaban desde la popa del «Artagan-Mendi».

La formidable hélice de este buque produjo el natural remolino en las aguas, hacia el cual fué atraída la débil embarcación, con los cuatro hombres que la ocupaban.

El momento fué de una emoción intensísima.

Los cientos de personas que presenciaban la operación de atraque desde los muelles, entre las cuales había muchas afectas a las familias de la dotación del buque, lanzaron un grito de terror.

Los infelices marineros Manuel Bolado y José Fernández Solana desaparecieron trágicamente en el vórtice de las aguas.

Apercibida de ello la oficialidad del buque se ordenó inmediatamente la paralización de la máquina del barco tantas veces aludido, comenzándose seguidamente la penosa tarea de averiguar lo ocurrido.

DOS HOMBRES DESTROZADOS.

—ES ENCONTRADO UNO SOLAMENTE.

Sin pérdida de momento fué habilitado un bote de la Compañía «Vasco Andaluza», en el cual embarcaron el botero de esta Empresa Ignacio Fresno Somonte y los marineros Bernardino Múgica y Julián Palacios, a quienes acompañaron los prácticos señores Río, Revuelta, Vayas y Ruano.

Provistos de faros y los útiles necesarios fueron hacia la popa del «Artagan-

Mendi», con propósito de buscar los restos de los infelices desaparecidos.

El público, estacionado en los muelles, guardó desde entonces un sepulcral silencio.

Esta embarcación viró repetidas veces en derredor de la popa del buque llegado, pudiendo apreciar cuantos en aquél iban la magnitud de la catástrofe.

La lanchilla de los prácticos había sido alcanzada por la hélice, por su parte de popa, quebrando casi por entero sus cuerdas.

Esto produjo inevitablemente el inmediato naufragio de la pequeña embarcación, siendo absorbidos cuantos en ella iban por la fuerza de atracción de aquélla.

El patrón Emilio Rugama y el marinero Domingo Fuentecilla pudieron salvar sus vidas a nado, hasta lograr asirse a los restos del bote destrozado, no sin antes el segundo tener que luchar desesperadamente con el remolino producido por las aguas y auxiliar al patrón que demandaba soco-

ros momentos el inspector de Sanidad, don José Fernández Pousa, varios médicos, el comisario señor Muslarena, el niente de Seguridad señor Buereu, teniente de Carabineros señor Espinosa, empleados de la Casa Consignataria, que es la don Luis Martínez, y algunos contrabanderos de Marina.

Un hermano del Fernández iba con Sanidad cuando se enteró de la trágica muerte de José, sufriendo un ataque de nervios.

EL JUZGADO DE MARINA.

A las seis y media de la tarde fué llamado por la lanchilla de los prácticos el cuerpo del infortunado José Fernández Solana hasta la rampa de Puertochico, donde ya se encontraba constituido el Juzgado de Instrucción de Marina, compuesto por el juez don José Aubande y secretario don Eduardo Montero, quienes dieron comienzo a las prácticas del oportuno atestado.

En una camilla de la Cruz Roja fué llevado a tierra el cuerpo de José Fernández y conducido poco después al depósito del hospital de San Rafael, donde hoy se está practicada la autopsia.

En la rampa de Puertochico se congregó también un gran número de personas, en su mayoría gente de mar, viéndose horas a muchas mujeres, cuando los restos del infortunado marinero eran desembarcados.

La operación de buscar el cuerpo de Manuel Bolado se prolongó hasta cerca de las nueve de la noche, siendo infructuosa desgraciadamente.

EN CASA DE BOLADO.

Teníamos verdadero interés en dar al público los retratos de las víctimas y para ello, procuramos enterarnos de sus respectivas viviendas, acudiendo a los lugares que frecuenta la gente de mar en Puertochico.

Sin nuestra paciencia y ese interés que hablamos, a la media hora hubiéramos dado por fracasadas nuestras gestiones.

Todos conocían a Bolado y a Fernández, pero lo otro, lo que a nosotros interesaba no lo sabía nadie.

En «La Gloria», un establecimiento de la calle Castelar, nos dijo un viejo:

—Creo que Bolado vivía en el Río de la Pila. El otro, estoy seguro que residía en Las Presas.

Nos fuimos en busca de la casa de Bolado al Río de la Pila, dejando la otra por la hora avanzada. Entramos en un callejón colmado de público y el dueño nos atendió solícitamente.

—Yo he oído hablar de Bolado—nos dijo—. Pero no vive por esta calle. De todos modos preguntaré a algún parroquiano.

Uno de ellos conocía a Bolado y sabía dónde era su casa, calle de San Celedonio, número 12.

Inútil es decir que en la vivienda del humilde pescador todo eran lágrimas. Nos recibieron atentísimamente y nos manifestaron su ninguna esperanza de que Bolado hubiera escapado de la catástrofe. En el comedor, un vñejecito, padre del desaparecido, lloraba amargamente.

Su hija, hermana del marinero, lloraba también en otro departamento de la casa ajena a los consuelos que la prodigaban sus cariñosas vecinas de la escalera.

Esta hermana nos dijo que Bolado iba a cumplir 54 años el 15 de diciembre y que hacía uno estaba al servicio de los prácticos. Por ella nos enteramos también que el desaparecido tiene un hijo en filas.

Intentamos en vano consolar a la afligida y humilde familia que nos facilitó la foto que publicamos, en que aparece Bolado a bordo del vaporcito pesquero «Chamorro», hecha en el año 1916.

Cuando salimos la familia vino a la puerta a despedirnos y una mujer, acercándosenos, nos dijo al oído:

—¿Cree usted que aparecerá vivo? No supimos qué responderla.

DONATIVO DE LA CASA ARMADORA.

La Casa consignataria de Santander comunicó anoche telegráficamente a la Empresa Sota y Aznar lo sucedido.

La gerencia de esta Compañía respondió también por telégrafo, ordenando a sus representantes en Santander, el que inmediateamente se comunicase el pésame en nombre de ella a las familias de las víctimas y se las entregase a cada una la cantidad de 5.000 pesetas.

Esto sin perjuicio de lo que correspondía a los marineros fallecidos por concepto del seguro contratado por la Corporación de Prácticos, de la que dependían los dos víctimas.



EL POBRE MARINERO MANUEL BOLADO (X), CUYO CUERPO SE SUPONE DESTROZADO EN EL ACCIDENTE DE AYER.

ro por encontrarse cerca del puente del timón y a punto de perecer.

La triste labor encomendada al bote de la «Vasco Andaluza» dió por resultado el hallazgo del cuerpo de José Fernández Solana, soltero, de veintisiete años de edad, y vecino de Las Presas, cuyo cadáver aparecía completamente desnudo, faltándole la pierna izquierda a la altura de la ingle, parte de la región abdominal y presentando, además, tremendas lesiones en la cabeza, brazo derecho y pierna del mismo lado, que aparecía casi seccionada.

Los restos hallados fueron traídos a remolque hasta el muelle de Albareda, a excepción de los intestinos que fueron conducidos en el bote.

El cadáver de Manuel Bolado, viudo, sin el cadáver de Manuel Bolado, viudo, e 34 años de edad, no se pudo encontrar, a pesar de los esfuerzos realizados para ello, por distintas embarcaciones que, con luces y todo lo preciso, salieron en su busca.

A la hora de ocurrir el siniestro comenzaba a bajar y ello hace suponer con fundamento que el desgraciado Manuel haya sido arrastrado por la corriente.

A BORDO DEL BUQUE.—HABLANDO CON EL SEÑOR AZCUÉNAGA.

Poco después de la Sanidad, subimos a bordo del «Artagan-Mendi», conversando breves momentos con su oficialidad y con el práctico don Nicolás Azcuénaga.

Este, grandísimamente impresionado, daba las últimas órdenes para el atraque del buque, retirándose después al camarote del capitán, presa de una conmoción dolorosísima.

Hablamos con él breves instantes, quedando convencidos de que la tragedia ha sido exclusivamente obra de la fatalidad.

La oficialidad nos manifestó que el barco venía de los puertos de Rosario de Santa Fe y Buenos Aires, con cargamento de maíz para España, del cual habían dejado unas 1.000 toneladas en Santa Cruz de Tenerife, una cantidad aproximada en La Coruña, donde han permanecido cinco días, 1.200 toneladas que trae consignadas a Santander y el resto para Bilbao.

A bordo subieron también en los prime-